

Por el año de 1715, vinieron dos franceses desde Movila hasta el Presidio de San Juan Bautista del Rio-grande del Norte, con pretexto de buscar ganados. El capitán del presidio los remitió al Duque de Linares, quien era entonces virrey de la Nueva España, pero este personaje, considerando que la introducción de los franceses en aquellas tierras podía tener consecuencias desfavorables, dispuso que pasasen á la provincia de Texas algunos misioneros, resguardados de veinticinco soldados con su respectivo jefe, creyendo que por dicho medio los gentiles, habitantes de Texas, convirtiéndose á la fé, evitarían ellos mismos una invasión extranjera. No erraba el Duque de Linares en su modo de pensar, pues la religion enseña á los pueblos á conocer sus derechos y á defenderlos con la invencible fuerza de la justicia.

La religion, que siempre presta su poderoso auxilio á los gobiernos que tratan de la conservación y civilización de los pueblos, facilitó su potente brazo con sus misioneros; no con miras de adquirir dominios al Gobierno, sino de conquistar almas para Dios.

Por el mes de Enero de 1716 salieron algunos misioneros de la Santa Cruz de Querétaro y otros del Colegio guadalupano de Zacatecas, á emprender la grande obra de fundar misiones en Texas.

Demos una mirada atenta y escrutadora á ese bello pais que iba á ser el teatro de los prodigios que hace la gracia por medio de los predicadores del Evangelio.

Comencemos por la etimología de la palabra *Texas*. El R. P. Alcocer dice que á ese pais se le dió tal nombre á causa de haber dado sus habitantes algunas demostraciones de amistad á los conquistadores, con la palabra *Texcia* ó *Teja* que, en el idioma de aquellos significa *amistad* ó *amigo*. Los indígenas de Texas decían *Texxan*, para decir amigo.

Texas está situado á lo largo del golfo de México, entre los Estados Unidos y la República Mexicana, desde 26° á 34° 30' de latitud Norte, y 96° 20' á 104° 40' de longitud Oeste.

Tiene por límite al Norte el Red-River que las separa de nuevo México y del Arkansas, al Este la Sabina que la separa de la Luisiana, llamada antiguamente Nueva Francia, y á Sud-Este el rio de las Nueces, ó Rio del Norte. Su superficie es de 13,525 leguas cuadradas; se ignora, ó no puede calcularse cual fuese su población cuando era habitada de solo indios salvajes. En 1742, tenía 200,000 anglo-americanos, 80,000 mexicanos, 30,000 indios y 10,000 negros.

La gran sierra de S. Sabás ocupa la parte occidental de Texas, y lo mas del terreno se compone de una muy dilatada y fértil llanura, regada

por algunos ríos, entre los cuales ocupan el primer lugar el Bravo del Norte, el de Nueces, los de S. Antonio, el Colorado, Brazos, San Jacinto, Trinidad, Nachos y Sabina grande.

Las costas tienen varias bahías, siendo la principal la de Galveston que está cerrada por la isla de S. Luis.

Texas es muy frutal, tiene grandes praderas cubiertas de exuberante vegetación, impenetrables bosques de encinas y magnolias y produce con abundancia caña de azúcar, algodón y otros frutos de suma utilidad.

Las tribus bárbaras que más se distinguieron por su valor y excursiones, fueron los comanches, pawneos, cushattos y lipanos ó lipanes.

Hé aquí el vasto país á donde se encaminaron nuestros misioneros, á quienes se reunió en breve tiempo nuestro infatigable P. Margil.

En un terreno llamado de los Asianis eligieron los sitios para la fundación de sus Misiones, siendo uno de ellos entre la nación ó tribu Nacogdoche, en que se fundó la misión de los guadalupanos, llevando el nombre de Misión de Nuestra Señora de Guadalupe.

Los indios de esta nación tenían el nombre de Asinaias y también Nacogdoches.

No se pudieron fundar otras misiones en Texas sino después de pasado largo tiempo.

Los compañeros del V. P. Margil, eran los RR. PP. Fr. Matías Sans de S. Antonio. Fr. Pedro Mendoza y Fr. Agustín Patron, con dos hermanos laicos y un donado.

Al internarse estos apóstoles en el país de Texas, enfermó de fiebre el R. P. Margil y tuvo necesidad de quedarse en una misión de la Santa Cruz de Querétaro.

Al entrar el año de 1717 se fundó la segunda misión de religiosos guadalupanos la que fué dedicada á la Santísima Virgen en su tierno título ó advocación de los Dolores.

Antes de pasar tres meses de esta segunda fundación, se hizo la tercera, á alguna distancia de aquella, y fué dedicada al glorioso San Miguel siendo Ministro de ella el R. P. Fr. Agustín Patron, acompañado de un religioso laico.

El R. P. Margil que no se saciaba del trabajo apostólico y que tenía siempre una ardiente sed de la salvación de las almas, no solo atendía á la conversión de los indios, sino que también iba á predicar y á confesar á los franceses que habitaban la Nueva Francia, vecina de Texas. Los mismos hicieron después algunos otros misioneros. Todo, como es manifiesto, con la debida licencia del Illmo Obispo de Quebell cuya Diócesis estaba en la Nueva Francia.

Habiendo vuelto el V. P. Margil á la Mision de Ays halló enfermo á su muy querido compañero Fr. Francisco de San Diego; lego de admirable virtud. La hora última de este feliz religioso se aproximó, y entonces lo dispuso el V. Margil con los santos sacramentos, lo tomó en sus brazos y en ellos espiró el felicísimo laico.

El mismo V. P. le dió sepultura con sus propias manos, así por su grande caridad como por que no habia al lado de los cadáveres otro *ser* viviente, pues un soldado que acompañaba á ambos religiosos, partió á la Mision de Nacogdoches á dar la noticia del fallecimiento de Fr. Francisco de San Diego.

¡Cuán sentimental es el cuadro de la muerte de este notable religioso! Ciertamente es muy digno de nuestra contemplacion. Imaginémonos aquella parte de los desiertos de Texas en que se presentaba la pobre Mision asistida únicamente por el V. P. Fr. Antonio y el dichoso Fr. Francisco. El desierto era tan pintoresco como pudieron serlo los de la Tebaida: la choza humilde, habitacion de los venerables guadalupanos, era triste y solitaria: reinaba un profundo silencio, acaso interrumpido de vez en cuando por las notas de alguna ave melodiosa ó por los gemidos de alguna paloma torcaz; ó bien por el silvido del viento

que mecia las copas de los encinos seculares: Fr. Francisco, recibia de su santo director los auxilios espirituales, y despues exhalandolo un blando suspiro reclinó su cabeza en el pecho de su padre en Jesucristo, y su alma dejó la tierra para elevarse al cielo: el militar contempló admirado la muerte de ese justo, y partió á llevar la noticia de ella á los otros misioneros de las repetidas Misiones: momentos despues, el V. P. Margil, aquel varon apostólico, cargado de años, de merecimientos y de virtudes: aquel admirable misionero de los desiertos de Guatemala y del Nayarit: aquel atleta del Evangelio cuyos piés de niño habian recorrido muchos centenares de leguas; el V. P. Margil, caba la tierra con sus propias manos, toma en sus brazos los inanimados restos del religioso laico, los baja al fondo de la humilde fosa, los cubre de tierra y derrama una lágrima sobre aquella última morada . . . Un suspiro se exhala del ardiente pecho de Fr. Antonio. ¿No osparece ver otro Abad de la Tebaida; otro Antonio, sepultando al admirable Pablo, fundador de la vida heremítica? La religion, y solo la religion, trae cuadros tan sentimentales, tan llenos de la mas poética melancolía, y capaces de elevar el espíritu á las regiones de la sublimidad, contentando al mismo tiempo nuestro corazón, ávido siempre de lo verdaderamente bello, bueno y sublime! Mas atemos el hilo de nuestras narraciones.

Sepultado que fué Fr. Francisco de San Diego, el V. P. Margil regresó al Colegio de Guadalupe, y en este fué nombrado Guardian.

¡Cuál sería el regocijo de los religiosos al tener en el seno de su claustro y á la cabeza de la comunidad, á este fiel imitador del Serafin de Asis y retrato de Jesucristo!

El apostólico Colegio supo aprovecharse de la direccion de su Maestro y Padre. El heredó su espíritu; y por eso en Guadalupe siempre se vió permanecer el primitivo fervor.

Mas la vida contemplativa no encerraba para siempre en el recinto del claustro á esos apóstoles del Evangelio, con frecuencia salian misioneros en distintos rumbos, haciendo prodigiosas conversiones y dejando edificados los pueblos.

Entre tanto, los misioneros, puntuales imitadores del inmortal Margil, que misionaban en los vastos desiertos de Texas, no descansaban un instante.

La predicacion resonaba en el seno de las poblaciones entre fieles, en la espesura de los bosques, entre los gentiles.

Dios que ha prometido mucha virtud, mucha gracia y mucha eficacia á la palabra evangélica; salida de esos predicadores, hacia fructuosísima las misiones de Texas.

No se conseguía la conversion total de las tri-

bus bárbaras; por que era imposible muchas veces penetrar hasta sus ignoradas guaridas. Aferirse en hacerlo habria sido temeridad, y espónerse inutilmente á morir.

Los misioneros, pues, hacian cuanto podian y debian, diciendo con S. Pablo: nosotros sembraremos y regaremos, al Señor toca dar el incremento; el resultado de nuestros afanes.

Pero permítasenos una breve digresion; ó sea una reflexion que naturalmente surge al contemplar las misiones del vasto país de Texas.

¡Misioneros!..... unos hombres que visten un pobre sayal, que han dejado á sus padres y hermanos, amigos y parientes; y todo cuanto poseian ó podian llegar á poseer, atraviesan los desiertos, recorren muchas leguas en medio de mil penalidades, exponen su salud y su vida y se entregan á las pesadísimas tareas del predicador de la fé.....¿Qué mueve á esos hombres? no los bienes temporales, pues los han renunciado de todo corazon; no los honores de la tierra, por que no puede haberlos en los desiertos y entre las tribus salvajes entre las cuales pueden morir ignorados de todo el mundo: no el descanso y los placeres; porque ¿qué descanso hay en el ministerio evangélico? ¿qué placeres, cuando se ha abrazado una vida llena de abnegacion, de penitencia y de sacrificio?

¡Ah! no mueve á esos heroes para abrazar tal vida, sino la gracia, la gracia: la caridad para la cual no hay imposibles!

Los mueve la verdadera fé; la verdadera religion, que sabe formar muchos y verdaderos heroes.

¿Hay eso en los misioneros protestantes, que se jactan de maestros del Evangelio? En donde está el sayal, la pobreza, la castidad, la obediencia, la abnegacion y los sacrificios?

La levita, el lujo, la comodidad, las libras esterlinas y la madama al brazo, ¿son signos, son caracteres de misioneros de Jesucristo?

¿Y cuál de las muchas creencias ó congregaciones que se dan el nombre de religion, presenta, fuera de la católica, unos hombres, unos heroes como esos que contemplamos?

Los misioneros, pues, son unos argumentos vivientes é incontestables de la verdad de la religion católica. Es necesario haber nacido en las terribles sombras del error ó haberse cegado intelectualmente por una perversa voluntad, ó tener endurecido el corazon por el pecado y el vicio; para no confesar que solo la religion predicada por la Iglesia católica, madre de las misiones, es la única verdadera, la que civiliza al hombre conforme á su dignidad, la que tranquiliza el corazon, vence las pasiones, enseña las virtudes y conduce á la felicidad eterna.

CAPITULO VII.

ORIGEN E HISTORIA DE LA SANTA IMAGEN DE MARIA
SANTISIMA DEL TITULO DE REFUGIO DE
PECADORES, PATRONA DE LAS
MISIONES DEL APOSTO-
LICO COLEGIO.

HABIAN pasado treinta y siete años de la fundacion del Colegio.

En ese largo tiempo habian sido muy notables los progresos de ese santo Instituto: sus misiones entre fieles eran muy fervorosas y eficaces: las que practicaba entre los gentiles, en medio de sacrificios inmensos, producian ópimos frutos: la observancia de la regla, cada dia mas exacta y fervorosa; el culto en aumento; todo caminaba perfectamente.

Dieziocho años hacia que habia muerto en la capital de México el gran fundador de Guadalupe, cuando el Señor en sus bondades concedió á esta privilegiada casa un especial favor: que su Santísima Madre la incomparable é inmaculada